

PARÍS. LA CÁMARA DE LOS DIPUTADOS.

CAPÍTULO VII.

Tullerías y Campos Elíseos. — Vista de París desde el Arco de Triunfo. — El Suicidio. — Panorama, « Sitio de París. » — Parque Monceaux. — San Agustín. — La Capilla expiatoria. — San Roque. — Teatro de la Puerta de San Martín. — La Vuelta al mundo en 80 días.

15 de Junio.

Hoy acompañado de un cicerone francés he recorrido el jardín de las Tullerías, los Campos Elíseos, el Arco de Triunfo, el Panorama (Sitio de París), el Jardín de Aclimatación, el parque Monceaux, las iglesias San Agustín, la Capilla Expiatoria y San Roque.

El jardín de las Tullerías, inmediato al palacio de este nombre y separado de los Campos Elíseos por sólo la plaza de la Concordia, está limitado hacia el este por el palacio de las Tullerías convertido en ruinas y que ahora comienzan á reedificar.

Este jardín, teatro de terribles escenas, frescas aún en la memoria de los Parisienses, está actualmente convertido en paseo público.

Tiene varias fuentes y le hermosean como diseminadas al acaso las magníficas estatuas, copias unas, y otras originales, del Apolo de Belvedere, la Venus de Médicis, Eneas llevando á su padre Anquises, el célebre grupo de Laocoón, Espartaco, etc. etc. Castaños y tilos sombrean este deleitoso jardín.

Pasando luego por la plaza de la Concordia en que se admiran dos grandes fuentes y un obelisco (Aguja de Cleopatra), formado de un enorme trozo de granito rojo, con inscripciones en geroglíficos, se entra en los Campos Elíseos, preciosa avenida cuya primera mitad corre entre lindísimos jardines; la otra mitad es una anchurosa calle formada no por casas sino por espléndidos palacios. Representaciones de títeres al aire libre, pequeños carruajes tirados por borregas, perros y chivos, montados por criaturitas, son los cuadros que sonríen en el interior de estos jardines, mientras en los enarenados andenes de la avenida se cruzan los soberbios corceles de los dandys y los riquísimos equipajes de las hermosas elegantes.

Los Campos Elíseos son el paseo favorito de los parisienses; y si durante la tarde son concurridos por la aristocracia de la hermosura y de la moda, al entrar la noche, el cuadro cambia. Desaparecen los marqueses, los leones y las *cocottes*, y se ven tomando el aire refrescado por la inmediata corriente del Sena, á los literatos, banqueros y hombres públicos.

A la izquierda de los Campos Elíseos se ve el palacio de la Industria, en donde se han celebrado las exposiciones; á la derecha varios teatritos ó cafés conciertos medio ocultos por tupido cortinaje de verdura. Al extremo oeste está el magnífico Arco de Triunfo, llamado también de la Estrella, porque de este punto salen como radios de una estrella doce amplios boulevards.

Este arco, el más notable de París, es por sus relieves y figuras simbólicas la historia plástica de la marcha triunfal del primer Imperio.

En el interior de este monumento hay escaleras que conducen á unos salones y luego á la plataforma. De esta altura se descubre una vista encantadora de París.

Contemplada la ciudad de Nueva York desde las torres de la Trinidad, parecióme que tenía color de café; la de Londres, vista desde las alturas de San Pablo, la hallé negra: París, observado del Arco de Triunfo, es amarillo. La diafanidad y ligereza que este color dominante comunica á los edificios, hace ver la ciudad como un mirage.

Lo que sobresale entre esta inmensidad de construcciones es la dorada cúpula del Palacio de los Inválidos, como un gigantesco capelo que cubre el objeto más venerando de la población. El panorama de que se goza desde la altura del Arco de Triunfo es encantador.

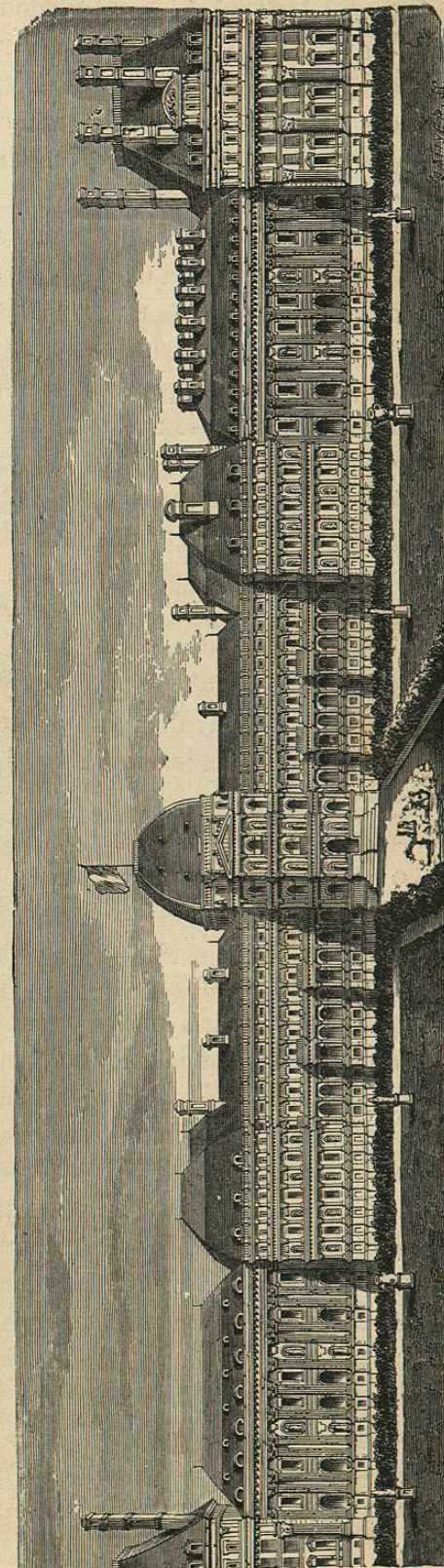
Cerca se ven el Palacio de la Industria, los Campos Elíseos, la esbelta aguja de Cleopatra, el Louvre, la soberbia columna de Vendome coronada con la estatua de Napoleón I, la clásica basílica de la Magdalena, el Palacio del Eliseo y la Iglesia rusa.

Más lejos, están el Bosque de Boulogne y sus plateados lagos, la majestuosa corriente del Sena, cruzado por artísticos puentes y hormigueando sobre sus revueltas aguas centenares de embarcaciones; la Escuela militar, la magnífica cúpula de los Inválidos, la enhiesta torre de Grenelle y las afligranadas flechas de Santa Clotilde; las truncadas torres y elevadísima aguja de Notre-Dame; la imponente columna de la Bastilla y el opulento teatro de la Nueva Ópera.

Más distantes aún y formando horizonte, se divisan el monte Valeriano, el Observatorio, la célebre fábrica de Gobelinos, el Hospital de Bicetre, el Bosque de Vincennes y los cementerios del Padre Lachaise y Montmartre.

Al inclinarme al borde de la plataforma á ver las gentes que cruzaban junto al monumento y que aparecían bien pequeñas, el guardián, que nos había acompañado á mi cicerone y á mí, nos dijo que de aquel mismo lugar, frente á la avenida de los Campos Elíseos, hacía ocho días se había arrojado un desgraciado para poner fin á su vida, convirtiéndose al caer en una masa de sangre y de carne.

Nos manifestó, muy conmovido, que cuando le vió subir á la plataforma, creyó que era uno de tantos visitantes, y nunca se imaginó que hubiese escogido aquella singular clase de suicidio.



PARÍS. PALACIO DE LAS TULLERÍAS, QUEMADO DURANTE LA COMMUNE.

En París, me decía mi cicerone cuando bajábamos las escaleras, el suicidio es tan común, que cuando un padre contraría la voluntad de una de sus hijas, para un matrimonio poco ventajoso, ó niega alguna suma de dinero á un hijo, al notar que éstos no aparecen más en la casa, lo primero que hace es ocurrir á la *Morgue*, fatídico lugar en que coloca la policía los cadáveres de los que se arrojan diariamente al Sena.

Y el indiferentismo de la gente acomodada es tal para el suicidio, que si un infortunado viene y le dice á uno de esos ricos: « Señor, me muero de hambre y de miseria; si V no me da un franco para comer, me tiro al Sena. » El le contesta: « y á mí ¿ qué me importa? hágalo V. sin decírmelo. »

Yo comprendo, le repliqué, que habrá malvados que odiando el trabajo, quieran vivir de la compasión ajena fingiendo raptos de desesperación que no sienten; pero cuántos centenares de infelices abrigará esta capital cuya muerte podría evitarse con unos cuantos céntimos ó los desperdicios de la mesa del opulento que se tiran á la calle.

Luego que bajé del Arco de Triunfo me dirigió mi cicerone al Panorama, Asedio de París.

Si me habrá tomado este amigo por un muchacho, me decía yo, al querer que vaya á ver un simple panorama, y luego de día, cuando tantos he visto en las ferias y fiestas de nuestros pueblos.

Más bien por condescendencia hacia él, que por gusto mío, le acompañé á donde me propuso.

Inmediato al Palacio de la Industria y en los Campos Elíseos, hay una hermosa rotunda con elegante pórtico, edificio que contiene el Panorama á que me refiero.

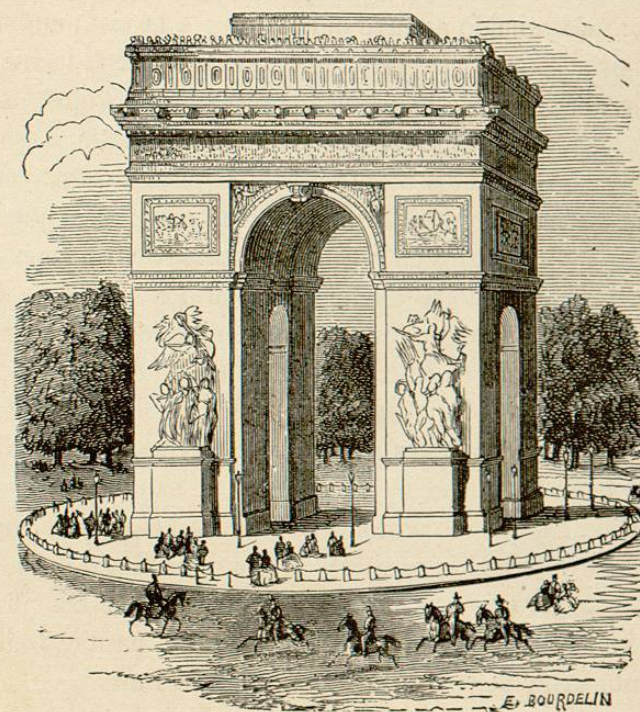
Atravesamos el pórtico, en donde pagamos dos francos por persona; cruzamos un pasillo, subimos algunas gradas, y, cosa sorprendente, me encontré de pronto con el París que acababa de ver desde el Arco de Triunfo, pero un París cubierto con las nieves del invierno y en pie de guerra.

Aquí no hay lienzos, ni biombos, ni lentes; es el aire, es la luz del día; son las calles de París, sí, sus edificios, sus casas incendiándose, ó á medio demoler, sus fuertes con cañones enegrecidos por la pólvora, servidos por soldados ateridos de frío; montones de cadáveres, entre los que asoman los desencajados semblantes de soldados de cuyos cuerpos mana sangre.

Esto es mentira, me decía yo, es un simple panorama; me lo han dicho y tengo la conciencia de ello; y sin embargo, veo, palpo, puedo decir, los objetos. No sé donde acaba la realidad y donde comienza la ilusión. El terreno que piso y los primeros objetos que me rodean son reales y efectivos, los demás lejos... me parecen lo mismo.

La humareda del cañón enemigo, las contraídas facciones de las mujeres que mueren en la calle de frío y de hambre, el terrífico mirar de los combatientes;

los destrozados árboles del bosque de Boulogne; los grupos de pueblo que corren en sostén de las tropas ó en auxilio de los heridos: el cielo, las nubes, la nieve, el monte Valeriano, el de Montmartre, tienen tales dimensiones y colorido de verdad, que se imagina uno sin querer, que asiste al sitio de París, y que por estar sordo, no oye el sonido del clarín ni el estampido del cañón.



PARÍS. EL ARCO DE TRIUNFO.

Este panorama, Defensa de París, es la más portentosa falsificación que se puede hacer de la Naturaleza.

Es un lienzo circular gigantesco que á cierta distancia se une y armoniza tan bien con los objetos reales que rodean la plataforma en que están los espectadores, que no se nota en donde principia ó acaba, en donde da vuelta esa tela pintada con objetos tan vivos y animados.

Se ven desde cualquier lado de la redonda plataforma donde uno se sitúa para observar, los diversos rumbos de la ciudad, la tierra real y efectiva, los árboles de cuya evidencia no cabe duda, siguen las calles, los fuertes, los montes, el horizonte y el cielo, cuyo conjunto se está seguro que es mentira, porque en el local donde se ha entrado no caben el monte Valeriano y la

ciudad de París; y sin embargo, no podría uno afirmar bajo su palabra cual es la parte pintada y cual la real.

Monsieur Philippoteaux, á cuyo ingenio y habilidad de pincel se debe la representación de los terribles sucesos del sitio de París, ha tenido el atrevimiento, y lo ha logrado, de engañar en pleno día á los parisienses, el pueblo más sabio y civilizado del mundo.

Al retirarme de aquel edificio, reflexioné sin querer, acerca de lo equivocado que andaba aquel varón que llaman santo y á quien atribuyen el dicho « Ver y creer »; más atinado anduvo quien dijo: « la vista engaña. »

Después de mirar este célebre panorama, queda uno con la triste convicción de que no puede dar crédito á lo que vea con sus propios ojos, en buena salud y á la luz meridiana, y que es preciso acompañar en su confirmación el criterio.

¿ Pues qué diremos de tantos acontecimientos portentosos, contrarios á las leyes naturales, contenidos en historias sagradas y profanas, que sabemos sólo de oídas, ocurridos hace siglos en pueblos sencillos de naciones lejanas y ya extinguidas, escritos por autores animados de tal ó cual interés, traducidos de idiomas muertos, interpretados según las conveniencias del momento y aducidos en apoyo de tal ó cual creencia religiosa, de tal ó cual principio político? Necio de mí, si intentare con profana mano borrar lo que la tradición y la historia nos han conservado de las pasadas edades; pero sí juzgo que se necesita un cuidado extremo, mucha discreción y un sano criterio, para dar fe á sucesos extraordinarios que escasean desde que la luz de la ciencia ha iluminado al mundo, y evaporado las doradas nubes de la ilusión y de la fábula.

Alejábame del panorama con mi cicerone, cuando se nos juntó un joven ecuatoriano, á quien había sido yo presentado en el pasaje Jouffroy, alegre, hablanchín y entusiasta por todas las novedades de París.

« Supongo, me dijo por vía de saludo, que ya V. habrá visitado el bosque de Boulogne que es mi delicia y que visito al menos una vez por semana. » Sí, le contesté, y ahora voy al parque Monceaux, que me aseguran es bien hermoso.

« ¡ Cómo! ¿ y no vé V. antes el jardín de aclimatación que está cerca de aquí? ¿ V. que como facultativo debe tener afición á lo relativo á botánica y zoología? »

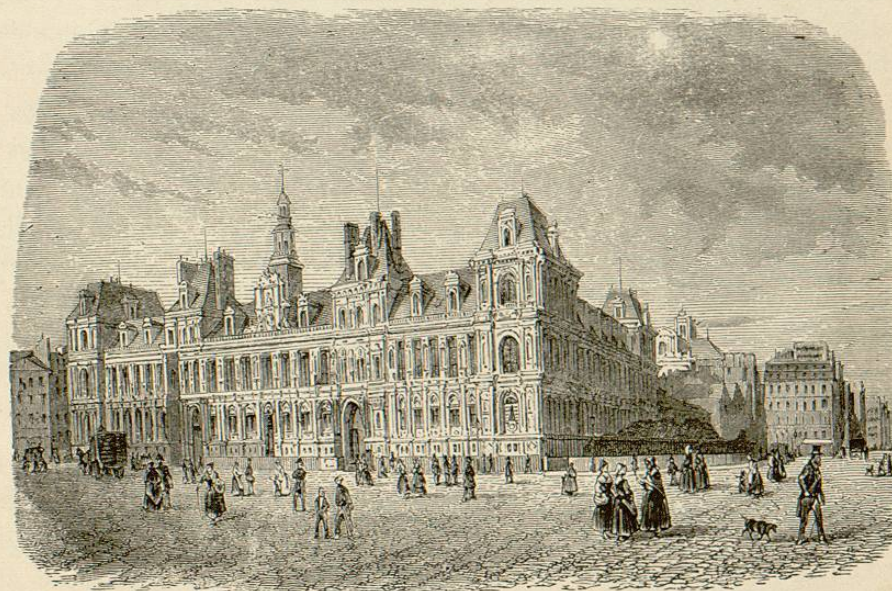
« Vamos, yo le acompaño, » me dijo, y tomándome del brazo, me introdujo á un carruaje que estaba inmediato, al que entró también mi cicerone.

Caminamos por la avenida de los Campos Elíseos, luego por la avenida Urich y pronto llegamos á una gran reja que forma el frente del jardín zoológico de aclimatación.

Mientras nos internábamos en una avenida muy amplia y bien arenada que da vuelta á todo el jardín, mi acompañante, pidiendo antes respetuosamente perdón á mi cicerone, me daba los informes siguientes:

« Este jardín, como V. ve, es de reciente formación. A la Sociedad de aclimatación le fueron concedidos unos terrenos del bosque de Boulogne, que puso en explotación el año de 1860, asistiendo á la inauguración del jardín, que se verificó en ese mismo año, el Emperador Napoleón III. »

« El objeto fué aclimatar en Francia animales y plantas exóticas, ya fuesen útiles ó de simple adorno, y gracias á celosos corresponsales, los han recibido de todas partes del mundo. »



PARÍS. « HÔTEL DE VILLE » CASA MUNICIPAL.

« Situado este jardín junto á las murallas de París, sufrió mucho en la invasión de los prusianos y después con la Común; pero el ayuntamiento subvencionándolo, y Geoffroy Saint-Hilaire dirigiéndolo con sumo talento, le han dado el esplendor que ahora tiene. »

Entramos luego en un gran invernadero que estaba á nuestra izquierda, llamado jardín de invierno, verdadero palacio de flores, pequeño paraíso en que se guarecen las plantas delicadas que no pueden soportar una temperatura menor de dos grados bajo cero.

« En lo crudo del invierno, me decía el ecuatoriano, á los paseantes de este jardín es muy grato después de sentir sus rostros azotados por el viento glacial, recorrer estos mágicos senderos con una atmósfera tibia y perfumada por el suave aroma de las flores y de los eucaliptus, bajo los caprichosos árboles de Australia, entre las anchas y colgantes hojas en forma de abanico de las palmeras del Brasil, entre los troncos de los gigantescos helechos, y

divertida su vista con las camelias, azalias, rhododendrons ó rosas de Siberia, los brezos y los geranios. »

En el fondo de este invernadero hay una sombría gruta por donde corre un pequeño arroyo entre infinidad de raíces capilares.

Inmediatos á la entrada principal del edificio y casi frente al invernadero, están unos salones á que llaman *Magnaneria*. Allí en los casilleros de un armazón, se ven las diversas clases de gusano de seda, conocidas.

« La sericicultura, me decía mi compañero de paseo, según la opinión de Estanislao Julián, remonta á más de cuatro mil años. »

« Dos monjes introdujeron en Europa los huevecillos de estos animales, el año 500 de la era cristiana. Constantinopla fué la primera ciudad en que se conocieron, y allí llamaron granos á estos huevos. A principios del siglo XIV, Clemente V les introdujo en Avignón, y ya en el jardín de las Tullerías había una magnaneria en el reinado de Enrique IV. Tiene V. aquí los gusanos de seda del moral, del encino, del ricino que V^s llaman higuera, y los que se nutren de varias plantas del Japón, la India y América del Norte. Fácilmente se pueden estudiar aquí las diversas faces de la sericicultura. »

Pasamos despues á otro departamento en que había un gran número de gallinas y capones engordados de un modo mecánico.

Colocadas estas aves caseras en compartimentos de una gran jaula giratoria, dividida en varios pisos y que rueda sobre un riel de hierro, por medio de una cogüña, la operación del *engraissement mécanique* ó sea alimentación forzada, consiste en introducir en el cuello de cada ave un tubo, como sonda esofágica, que comunica con un depósito de sustancia alimenticia, una especie de atole compuesto principalmente de harina y leche y á la presión ejercida por un pedal, va á depositarse en la cantidad que se quiera en el estómago del animal.

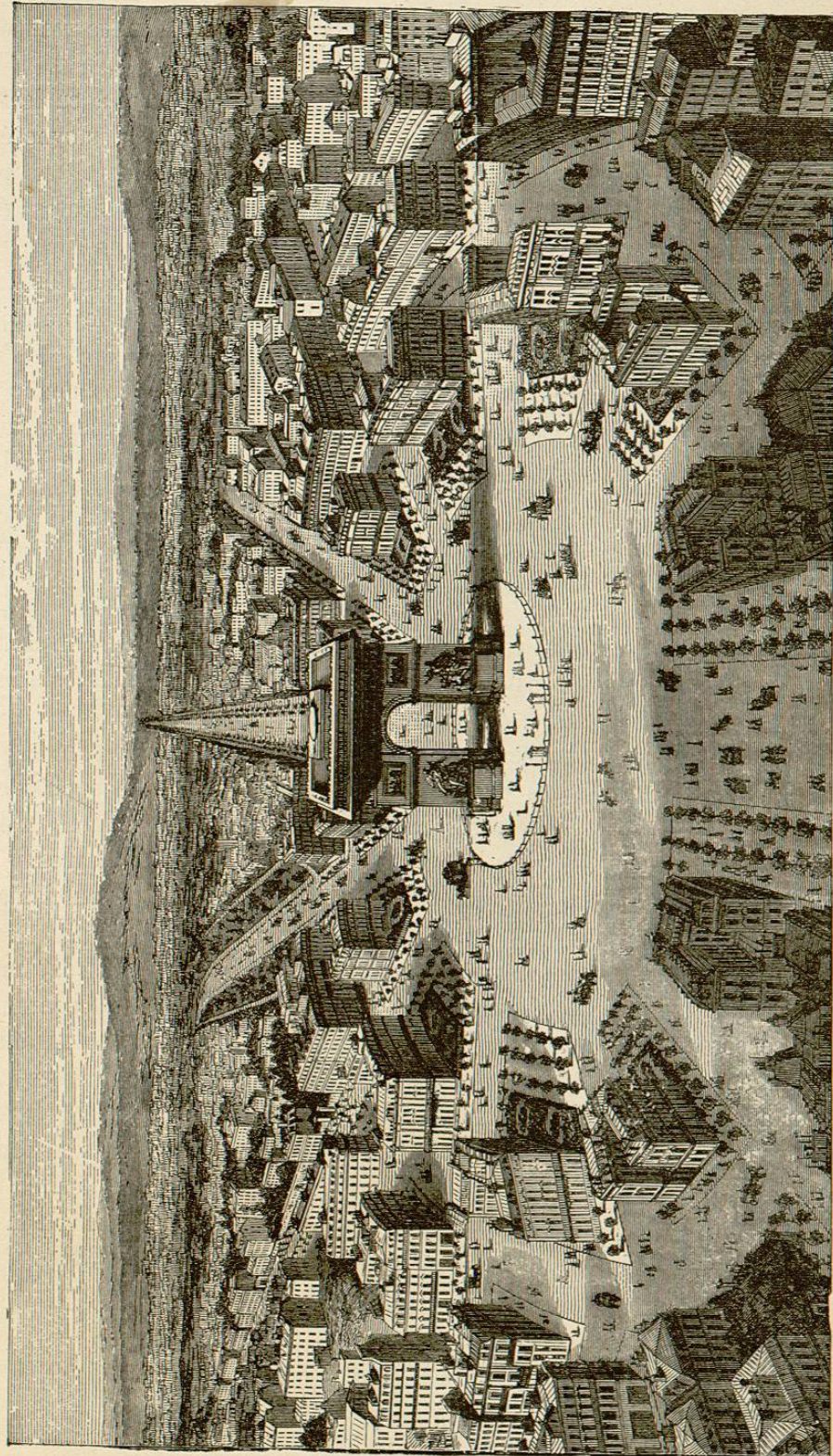
Un indicador, especie de muestra de reloj, colocado al frente, sirve al operador para calcular las cantidades de alimento suministrado á cada animal. En una hora se da el alimento á 400 aves.

Á este sistema de alimentación le llaman del Sr. Martín, y aseguran que los animales sometidos á él, adquieren á los 18 días el doble de su primitivo peso y son un bocado suculento y delicioso.

De mí sé decir, que me impresionó la vista de estos inocentes y desgraciados animales, no sólo privados de libertad, sino obligados á digerir enormes cantidades de sustancia que ni han probado, ni apetecen quizá, por el mezquino y detestable objeto del lucro.

¿ Qué diría el Sr. Martín, si por uno de tantos azares de la vida, cayese en poder de una horda de salvajes antropófagos, que sólo sacrificáran á sus prisioneros cuando llegaran á cierto grado de gordura, y que para abreviar este plazo, le sometiesen al sistema mecánico de su invención?

Pero nó, los salvajes no apelarian á semejante medio porque el salvajismo



PARIS. PLAZA DE LA ESTRELLA.